

I

DESDE EL TREN

A la Señora de Oñate.

Al emprender este viaje, mi primer pensamiento es que calumniamos á nuestro siglo. Alabar tiempos pasados es más fácil que resignarse á volver á ellos. Si nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y de la silla de manos, oiríamos las protestas y los desesperados gritos de una generación habituada ya á la *rauda locomotora*.

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, por sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á la enmienda. La rapidez, con ven-go, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen eses que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, viajar por España supone triple ó cuádruple gasto de tiempo que

en el extranjero, para ver la misma extensión de país. De Madrid á Marineda, v. gr., en silla de posta se iba en tres días y dos noches, relativamente más pronto que ahora por el tren en veintiocho horas; y es que en vez de acortar hacia Zamora, da el camino innecesarias vueltas por Palencia y León, atravesando los campos más áridos y feos de la Península. Podría tal viaje realizarse en quince horitas, adelanto de incalculables ventajas para los veraneantes y los que del veraneo viven.

En nada se refleja tan claramente la estrechez de nuestra vida moderna española, como en el cortonúmero de trenes y su enlace dificultoso. Al acercarse á regiones donde hay vida industrial y fabril — Cataluña, Vizcaya, — las pulsaciones de la circulación se acentúan, los trenes salen con frecuencia. Pero donde la industria no ha exhalado su soplo bienhechor, los trenes van á paso de tortuga y salen con desesperantes intervalos.

Y así y todo, el recuerdo de ayer y la comparación consuelan. No sé cómo se podía viajar por gusto antaño, si bien consta que no faltaba quien lo hiciese y arrostrase las molestias sin cuento y los peligros, entonces reales y efectivos, de tal empresa. Y es que, desde los tiempos consabidos que se pierden, etc., esto de viajar ha tenido sabor de miel, misterioso encanto. Hoy viaja el individuo; entonces se trasladaban las tribus y los pueblos, siguiendo el curso del sol ó la honda corriente de algún río. Ahora que las grandes colectividades humanas pare-

cen haber echado raíces, y que positivamente las masas están incomunicadas y sólo se amalgaman por el violento choque de la guerra, el individuo se desquita.

En España la afición á viajar sin objeto determinado, por el viaje sólo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo ó se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas "comodidades de su casa" sin las cuales mucha gente no comprende la vida.

¿Qué se saca de un viaje? Es difícil al pronto reducir á cifras tal género de utilidad. Pero, según decía un respetable canónigo toledano, *la pintura vence al verso*; no hay como lo que entra por los ojos. Todas las descripciones de Toledo no equivalen á un paseito por las callejas y rinconadas de la imperial ciudad en compañía de una persona familiarizada con sus secretos. Eruditos libros de arqueología no suplen á la contemplación del viajero embelesado. En esto de los viajes hay mucho que no es reductible al conocimiento, que no es *aprender*, que va más allá y corresponde á las esferas delicadísimas del sentimiento. Así un viaje — por ejemplo, el de Goethe á Italia, el de Gogol á España — determinan á veces nuevas orientaciones para el artista.

También acerca del estado social de una na-

ción se *aprende* mucho viajando por ella. No diré que un extranjero, al pasar de prisa por España, tenga probabilidades de acertar en sus precipitados juicios; en cambio, el español, conociendo ya el terreno que pisa, ve en un momento la señal característica de un período, el sentido que lleva la vida patria. En este particular, los viajes por mi patria no pueden infundirme ideas tranquilizadoras.

En ellos se observa que si muchos pueblos han erigido teatros, en casi ninguno ha dejado de alzarse flamante, insolente de vida, con su arquería mudéjar, la plaza de toros. No sé por qué achacan á Fernando VII—grosero chulapón ingerto en ladino gobernante, que tan á fondo nos conocía—la difusión de la tauromaquia en España. Es ahora, es hoy, el momento en que se vive para los toros. Y no es lo peor que haya toros, sino que ellos absorban nuestro jugo y constituyan, á estas alturas, nuestra única y exclusiva preocupación..., ¡cuando debiéramos preocuparnos de tantas y tantas cosas! Y el arte mismo, ¿puede existir entre tal atmósfera de palmas, tabacos y manzanilla? ¿Puede sostener siquiera la competencia? Acuso á los toros de que agotan toda la sensibilidad nerviosa de que disponen los españoles, y devorando y abrasando su sangre, como la devora y abrasa un vicio, un hábito desordenado, les deja fríos é inertes para todo lo demás; no sólo para lo conveniente, sino también y en primer término para lo bello, para los goces de la imaginación y de los sentidos mismos, en lo que

pueden tener de escogido y de intenso. Pueblo que se entrega á los toros completamente, no volverá á enriquecer las artes como las enriquecimos nosotros en los siglos que pasaron.

En el último viaje, tan distinto del que hoy emprendo, lo primero que con orgullo me enseñaron en todas partes "los indígenas", fue la plaza recién salida del cascarón. Después ví también muchos conventos de nueva planta, mientras los antiguos se desmoronan ó están convertidos en almacenes y cuarteles. Se gasta en elevar edificios de mal gusto, templos que parecen de alcorza, y las maravillosas iglesias de antaño, caldeadas por la fe, se agrietan ó se hunden. El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerando Pilar, no era grande la concurrencia de fieles.

Visitando unas Escuelas comienza mi viaje esta vez. Invitáronme los Sres. de Oñate, hijos del fundador, el rico fabricante de chocolate D. Matías López, á ver las Escuelas del lindo pueblecito de Sarria. Sucédame con este pueblo lo que tan á menudo ocurre: cruzándolo todos los años varias veces, jamás se me ocurría detenerme allí. Y cuando le llamo lindo pueblecito, no es por adjetivar: es que el paisaje de Sarria—un paisaje *de transición*, donde se transforma insensiblemente la blandura mimosa de la campiña gallega en la severidad no adusta aún de los primeros campos de Castilla—merece el calificativo. El fondo de monta-

ñuelas realza el cuadro de la llanura con depresiones suaves, salpicada de blancas casitas, de chalets, de Pazos solariegos, de arbolado y de jardines. El pueblo forma una colina, trepando las nuevas calles á enlazarse con las antiguas, que ascienden hasta rendirse á los pies del castillo señorial, el cual todavía mantiene erguido su torreón. No lejos del castillo, reposa soñando el convento y su iglesia monumental, que estaban desmoronándose y con gran oportunidad se encargaron de mantener en pie, echando techos y pisos, los Padres Mercedarios. Estos religiosos, envueltos en su blanco sayal, son un toque poético muy en armonía con el edificio y el pueblo, con el ambiente de sosiego y calma que en él se respira. Lástima que usen esos feos sombreros curvos, negros, de teja, adoptados hoy por todas las órdenes monásticas, sin exceptuar la franciscana, y que echan á perder el efecto de los hábitos más nobles. Dentro del claustro, donde no hay que llevar sombrero, el Mercedario, con su vestimenta de lana nivea, reclinado en un pilar ó nimbada la cabeza por un arco que sostiene capiteles de imaginería, da la acuarela ya hecha al pintor. He notado que los Mercedarios de Sarria son muy jóvenes todos; algunos parecen adolescentes, y con su cara imberbe y la modestia mística de su actitud, se están desprendiendo de alguna tabla medioeval.

Volviendo á las Escuelas, diré que el señor López no pudo hallar mejor empleo para parte de su hacienda, laboriosa y honradamente ad-

quirida. Es toda esta familia en extremo caritativa y aficionada á hacer el bien, y no hay iglesia ni hay necesitado en Sarria (y supongo que lo mismo sucederá en el Escorial, donde funciona la gran Fábrica de chocolate) que no conozca los efectos de su bondad previosa. Probado por repentinas desgracias y cruelísimas pérdidas de seres queridos, Matías López, que era un *self made man*, hijo de sus obras, ascendido mediante su trabajo de posición humilde á la opulencia, sintió que debía, por decirlo así, pagar réditos á Dios, y dejó instituídas las Escuelas de Sarria; su viuda completará la obra fundando el hospital. Las Escuelas han costado más de medio millón de reales: el edificio es desahogado, ventiladísimo, entrando en él aire y luz á chorros; la instalación escolar, desde la peculiar hechura de los pupitres hasta los dos inmensos patios de recreación, descubre que la dirigió mano experta y entendida; el material, tan abundante que en largos años no se agotará el que hay de repuesto, es de última, con sus ricos muestrarios de objetos para las "lecciones de cosas" y sus cartones completísimos para enseñanza de Historia y Geografía; y las dependencias, cómodas, amplias, decorosas, encierran las viviendas del profesor y de la profesora, que encuentran allí modesto bienestar y seguro asilo.

Después de visitar las Escuelas nuevas, el paseo por Sarria nos llevó casualmente á tropezar con la Escuela antigua. Ni el más empedernido apasionado de la tradición resiste á una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

no 1925 MONTERREY, MEXICO

lección de cosas semejante.—Ver por los ojos, que diría el señor canónigo de Toledo.—La Escuela antigua, donde aprendió á deletrear Matías López, debió de grabar en su imaginación de niño el horror á semejante antro. Sostenido por postes de piedra, lóbrego, húmedo, infecto, se levanta aquel local miserable, en comparación del cual es alegre la cárcel contigua. Allí debieron de resonar firmes los palmetazos, arrancar sangre de las carnes infantiles las rudas disciplinas, y ostentarse el gorro de borricales orejas, castigo de los tumbones y desaplícados. Y quizás ni aun eso, porque tales severidades revelan algún celo en el dómíne. Lo más probable es que se pareciese esta escuela á aquella que describe Galdós en *El doctor Centeno*: alianza del tedio con la rebeldía; reunión de chiquillos aburridos de muerte ó engrescados á trueque de combatir un fastidio invencible, el de la reclusión en calabozo mefítico y asfixiante. Y yo pensaba en la Escuela actual, con ínfulas de palacio, con salubridad y alegría y vistas y luz... y hasta diversión para los pequeños.

II

HACIA LA FRONTERA

Al Ministro de Instrucción pública.

¡Europeicémonos!—A pesar de los cambios que ya están mucho más arriba de las nubes, al nivel de las estrellas; á pesar del miedo que nos meten hablando de calores senegalianos, de gente que se cae muerta de insolación fulminante en las calles de París, hemos tenido el arranque de dejar nuestras frescas rías gallegas y asomarnos á ver qué pasa en el mundo, aunque sea por un agujero. Manda la Iglesia confesarse una vez al año, y antes si hay peligro de muerte. Manda la cultura viajar sin aparente necesidad una vez al año, y más si hay estancamiento y tendencia regresiva—manía de andar hacia atrás, que no falta entre nosotros.

Dicen que ahora ha caído en la cuenta el Conde de Romanones y piensa enviar por ahí, no misioneros, sino neófitos de la cultura, que apostolicen á la vuelta y nos traigan en sus baúles, *gladstones* y sombrereras, la civilización, artículo que en la frontera no paga dere-

chos. Parece que en el Japón se hizo así, y aunque somos blancos, nos han puesto tan verdes que de los amarillos tenemos que recibir lecciones. Aquellos ex monigotes de porcelana, aquellos ex miquines de marfil con ropa de seda, son hoy gente de pro, una potencia que tiene Marina y Ejército y Universidades y Colegios, no pintados en ningún abanico ó "kake-monos", sino de verdad. ¡Si se atenderá en el Japón á la enseñanza, que la Emperatriz se toma la molestia de ir cada día á pie, con sus piecitos como piñones, á visitar la Universidad en que se forman las licenciadas y doctoras, plantel de la mujer moderna, libre de la ignominia asiática!

Lo que yo le digo al bien intencionado Conde es que la civilización no es malo traerla en la maleta, pero sobre todo su lugar está en el espíritu. Si no fuese así, ¡pobres de los pobres!... ó sea de los que no pueden viajar, en estos tiempos de 40 por 100... y lo que venga. Desde su casa, como el ingenioso autor del "Voyage autour de ma chambre", pensando, leyendo, cabe obtener la ansiada europeización, que debe de ser (Costa tiene la palabra) así como un triple extracto de lo más fino, bello y fuerte del alma europea. Porque á Europa no vamos á recogerlo todo, oficio de traperos; y aun los traperos, realizada su burda cosecha, escarban en ella y apartan lo que les importa conservar. Hay que importar la esencia, la esencia exquisita, que embalsame nuestras bravías cordilleras y nuestras mesetas áridas.

Cuando el Conde de Romanones organice esa cohorte de peregrinos españoles de la cultura, estoy por creer que me corresponde en ella un puesto, y eminente, ganado por anti-güedad rigurosa. ¡Apenas hace tiempo que me europeizo, y que comunico al público lo que veo en la madre Europa! Voy pensando en esto mientras el tren, dejándose atrás la montuosa Galicia, rueda por las llanuras castellanas, vestidas con la opulenta alfombra rubia de la mies acabadita de segar, y rayadas de vez en cuando por las hileras de altos chopos, erguidos y frondosos bajo la llamarada del sol de Julio.

Sintiéndome tan acérrima española, cada vez propendo más á buscar fuera de España remedios y lecciones. ¿Se acuerda alguien de uno de los primeros y muy discutidos dramas de Echegaray, en que el enamorado de una beldad ciega va á conseguir en remotos países el medicamento ó filtro que devuelva luz á las amadas pupilas? España es tan hermosa como la Princesa de la más romántica novela de caballería; pero sus ojos están cubiertos de membrana oscura; la lumbre de este sol radioso no penetra en ellos sino al través de brumas y sombras seculares. Viajemos. ¿Quién sabe si daremos con el filtro mágico?

En las actuales circunstancias, nada mejor que ponernos en contacto con Europa. A fuer de país de corto resuello, de energías agotadas pronto, España sólo atiende á localismos: se ha colocado en la postura de los Budas, y se mira á sí misma, con estrabismo convergente. La úl-

tima cogida del torero, el reciente borborigmo de la casera olla política, roban la atención. Si hay un cielo donde se premien las buenas obras patrióticas, en él se encontrará *El Imparcial* mis campañas y las de otros escritores, que mandan á sus columnas soplos de aire exterior, —el aire vivaz de alta mar, tónico y excitante.

¿A qué punto de Europa nos convendría dirigiarnos? ¿Dónde encontraremos este año ejemplos saludables? Tomadle el pulso á España (ahora parece que lo ha recobrado, que pulso hay, aunque desatentado y febril), y poco tardaréis en hallar la respuesta. Lo que hierve es la bien ó mal llamada *cuestión religiosa*, que tanto nos dió que hacer durante el para nosotros infausto siglo XIX, y que sigue coleando.

Esa cuestión no es sólo nuestra, como la del separatismo, verbigracia; no somos el único país católico; tal problema lo encontramos en todas las naciones latinas. Hay quien no ve en él sino un efecto de imitación. Hay quien identifica las Ordenes religiosas, mejor dicho, su situación actual en España, con el catolicismo, hasta el extremo de creer que éste acabaría si aquélla variase. Ha llegado, pues, un momento en que interesa conocer por vista de ojos lo que en este terreno sucede en Francia, y sobre todo en Bélgica: una república donde domina el laicismo, una monarquía donde domina el catolicismo desde hace diez y siete años—y ambas, la república y la monarquía, como ya quisiéramos estar nosotros de adelantadas y prósperas; lo cual, á esta distancia, pa-

rece significar que de todos modos se puede ser europeo, y que los males de España no deben achacarse al catolicismo, sino á la manera que tuvimos siempre de entender y practicar esta religión de paz y dulzura.

Pero no adelantemos los sucesos, que decían los novelistas de antaño; no llevemos opinión hecha y preconcebida, que es como llevar anteojeras de mulo; no demos el cobre de nuestro criterio en vez del oro de la realidad. A estudiar se ha dicho, y á referir lo que se aprenda.

Retrepémonos en el ángulo del departamento, abramos la "Guía oficial", texto vivo de los viajeros, y vaya un favor con dos disfavores á la Compañía ferroviaria. Señor Ministro de Obras públicas, todo lo que facilite el viajar es principio de la europeización. Al que viaja, puente de plata, diré corrigiendo una popular sentencia. Y no me parece puente de plata, ni aun Menezes, que los procedentes del Noroeste nos pasemos quince horas en la estación de Venta de Baños esperando á enlazar con un tren que nos lleve á la frontera. Venta de Baños, aunque tiene curiosas antigüedades y muy aceptable fonda en la estación, Venta de Baños no es la Europa que perseguimos... y quince horas son casi un día. Los extranjeros incluyen estas soluciones de continuidad de los itinerarios de los trenes entre los fenómenos atávicos de España, país donde á nadie le importa perder el tiempo á puñados.

Y va uno de los disfavores. Ahora, el favor. Este año ha resuelto la Compañía europeizar

las páginas de la "Guía oficial", diciéndonos en ellas que podemos formarnos á voluntad nuestro itinerario, trazarlo en el mapa de la red de ferrocarriles y comprar el billete circular con rebaja á razón de los kilómetros que nuestro trazado comprenda. Aplausos, felicitaciones. Sólo que... ¡ya me extrañaba á mí...! Disfavor segundo.

Sólo que, para lograr esta ventaja, hay que pedirla con ocho días laborables de anticipación, *lo menos* (sic), bajo nuestra firma, depositando una fianza de diez pesetas; y si en el plazo de otros ocho días, *lo más*, festivos y laborables, no recogemos el solicitado billete, perdemos el derecho á la devolución del depósito y tenemos que constituir nueva fianza.

Vamos, era milagro... Con tales tranquilas, ligaduras, compromisos y resabios del expediente español, la ventaja es ilusoria. Y si la Compañía trataba de implantar una cosa útil, ¿por qué no lo hizo? ¿A qué fianzas, documentos, multas y retrasos? Si trató de imitar á Suiza, ¿por qué no la imitó efectivamente? Allí se compra en la taquilla billete para un trayecto de dos, tres, cuatro mil kilómetros. Lo gastáis como se os antoja, en la dirección que os viene en gana, con largo plazo y libertad de asunto. Ese sí que es itinerario "á voluntad del viajero".

Ya está aquí el sudexpreso, á las altas horas, rápido como un ave, silencioso porque todos duermen dentro de los departamentos cerrados. Me deslizo en un *sleeping* y despertaré en la raya.

III

PRIMER TESTIMONIO

A. D. Andólin López Peláez.

Desde el año pasado el sudexpreso ha vuelto por su honra; ó sin retóricas embusteras, han compuesto la vía, y el camino, salvo en un cortísimo trecho antes de Burdeos, está como todos. No creo que tengan los lectores fijo en la memoria mi artículo "De San Sebastián á París en barco de vapor", pero difícilmente se olvida la catástrofe que de allí á muy pocos días vino á confirmar las indicaciones de mi artículo, y cuyas consecuencias (las de la catástrofe) no ha mucho costaron la vida al vizconde de Irueste. Mientras la vía no se descomponga otra vez, vivamos tranquilos, aunque estas cosas "están de Dios", como dice la gente; lo cual no impide que sucedan según las añasca el diablo de nuestro abandono y desidia.

No por desidia, sino por exceso de celo en los empleados de Venta de Baños al expedir mi equipaje, no pude yo continuar á París en el sud, y hube de aguardar al primer expreso. En